

LOUIS V. GHIS ETTI

## ANTORCHAS

El escenario parece desierto. Representa un cuarto en una casa del sur, bastante sencillo, casi vacío. A la derecha, una puerta. Unos muebles: mesa, asientos, baúl, poltronas, "ad libitum". En el fondo, una ventana muy ancha da paso a una terraza terminada por una balaustrada: se entiende que hay una escalera por donde se baja a la callejuela. Muy a lo lejos, el mar. Verano: calor. Va a caer la tarde; al fin del acto, habrá anochecido. Contra la parte derecha de la ventana, mirando pues a la izquierda, se apoya una joven: Isabel. Silban balas, por momentos, y se acaba el ruido.

### ESCENA I

Isabel, Doña Ana

**Doña Ana** (no se ve) —Isabel!

**Isabel.**—Qué hay?

**Doña Ana.**—Vuélvete.

**Isabel** (se queda inmóvil) —Sí.

**Doña Ana** (entra) —No quieres entrar?

**Isabel.**—No. No puedo (Un tiempo). Sigue la lucha. Vente a ver: hay humo en la colina.

**Doña Ana.**—Vuélvete, Isabel. Acabarán por herirte.

**Isabel.**—Ellos, allá... ellos también están en peligro.

**Doña Ana.**—Y quién les mandaba a meterse en eso?

**Isabel.**—Nadie. Se fueron porque había que ir. Están en lo cierto. De poderlo, haría como ellos.

**Doña Ana.**—En lo cierto, en lo cierto... Qué significa estar en lo cierto? Nunca se está en lo cierto contra los poderosos.

**Isabel** (se alza de hombros) —Si uno supiera lo que pasa, al menos...

(Algo cae en la terraza).

**Doña Ana** (se precipita) —Belita... te hirieron?

**Isabel.**—No, madre. Es una bala perdida. (Entra).

**Doña Ana.**—Todo esto acabará mal, lo presiento.

**Isabel.**—Como si todo estuviera bien, antes...

**Doña Ana** (duda) —Bueno...

**Isabel.**—Díme: no entiendes la rebelión.

**Doña Ana.**—Y tú, la compartes?

**Isabel.**—Compartirla, no sé. Pero se había hecho necesaria, ves, cómo la brisa del mar cuando se vuelve pesado el tiempo. Y hacía tanto calor...

**Doña Ana.**—Siempre hace calor o frío para los pobres.

**Isabel.**—No somos pobres, madre, (violentamente) sino que nos quitaron, nos robaron la dicha.

**Doña Ana.**—Y el gobierno, qué tiene qué ver en eso? Dirige: si son malos los hombres, no tiene la culpa.

**Isabel.**—Es la autoridad la que es mala.

**Doña Ana.**—Y cómo piensas saberlo, tan joven? No sabes nada de la vida.

**Isabel.**—Lo siento como si me hubieran escogido de primera víctima. Tú, madre, no te sientes conmovida?

**Doña Ana.**—No, Isabel.

**Isabel.**—Pero tú, y mi padre, y sus padres, no se oponían a la maldad, no se levantaban contra la injusticia?

**Doña Ana.**—No pensábamos en tantas cosas. Hemos tratado de hacer nuestro deber, día tras día.

**Isabel.**—Sí, sin duda. Pero había otro, quizá.

**Doña Ana.**—No sé. A ninguno de nosotros nos lo dijeron.

**Isabel.**—No: ese deber, uno mismo tiene que encontrarlo, y es tan difícil... (Vuelve a la ventana). Siguen luchando, madre. Sobre el cuartel hay nubecillas blancas.

**Doña Ana.**—Locos: poner sitio al cuartel! (Un corto tiempo). Se fue Marco, también?

**Isabel.**—Sí, se fue. No me habría gustado que se quedara.

**Doña Ana.**—Y tú, qué harías si se quedara... allá?

**Isabel.**—Sé que volverá.

**Doña Ana.**—Ojalá vuelva! (Se persigna. Un corto tiempo). ..

**Isabel.**—En dónde se esconderá Angélica, madre? En toda la tarde no la ví.

**Doña Ana.**—Angélica? Estará en el patio. Pobre niña, tan inocente...

**Isabel.**—No pide tanta tristeza, madre. Vive feliz. Es feliz. Ve cosas distintas de nosotros. Pobrecita Angélica, tan buena...

**Doña Ana.**—Cuando me muera, Isa, no la dejarás?

**Isabel.**—Yo, madre? Dejarla sola en la vida, o encerrada en un manicomio? No, cuando me lleven, será con ella.

**Doña Ana.**—Tal vez no la quiera Marco.

**Isabel.**—Si me lleva, tendrá que llevarla también. Y tú, madre, no debes morir: tienes que quedarte con nosotros por mucho tiempo.

**Doña Ana.**—Nunca se sabe. Las desgracias llegan tan pronto, ahora...

**Isabel.**—Te causa angustia la revolución, madre.

**Doña Ana.**—Por supuesto. Como a tí. Pase lo que pase, a nosotros nos vendrán las dificultades, los secuestros...

**Isabel** (a la ventana) —Me da miedo, madre. No se oye nada más. Si los hubieran vencido...

**Doña Ana.**—Vencidos o vencedores, poco importa, si viven. (Mirando a Isabel, que se volvió de espaldas) Lloras, niña?

**Isabel.**—No, no puedo. Estoy demasiado preocupada. Nosotras las mujeres, tenemos que permanecer alejadas, tenemos que esperar, como clavadas...

**Doña Ana.**—Qué quieres, Belita, a nosotras nos toca esperar.

**Isabel.**—Esperar qué?

**Doña Ana** (con un gesto de impotencia) —Todo y nada. Lo que pase.

**Isabel.**—Es la primera sublevación que ves, madre?

**Doña Ana.**—No, yo me acuerdo, hace... hace treinta y dos años. En esa época, era yo como tú ahora...

**Isabel.**—Y qué pasó, entonces?

**Doña Ana.**—No lo sé más, ahora. Hace tantos años...

**Isabel.**—A pesar de todo, jamás podré olvidar ese día.

**Doña Ana.**—Pensaba entonces como tú. Y otros reveses han pasado, han llegado otras penas...

**Isabel.**—Mamá, dónde está Angélica? Estoy preocupada por ella también. Si se hubiera ido, si la hubiera alcanzado una bala...

**Doña Ana.**—No salió. La dejé en su pieza. (Se dirige hacia la puerta): Angélica... (Nadie responde). Contesta, Angélica...

**Isabel.**—Ves? Se ha ido. (Grita, ya llena de angustia): Ángel mío...

## ESCENA II

### Isabel, Doña Ana, Angélica

**Angélica** (Primero no es sino una voz, que parece venir del cielo raso). —Aquí estoy, Isa.

**Isabel.**—Dónde?

**Angélica.**—En el cielo.

**Isabel.**—Vénte pronto, Angélica. Te podría pasar algo.

**Angélica.**—No se puede, Isa: tengo dos nubes que me acompañan, una azul y la otra púrpura.

**Isabel.**—Angélica, nena mía, baja pronto.

**Angélica.**—Un momento, Isa. Se fue mi escalera blanca. Tengo que llamarla. Ya viene... (Pasos. Llega por fin, dulce, como maravillada; sobre su vestido hay polvo y telarañas).

**Isabel.**—Por fin llegas. (La abraza). Estás toda sucia.

**Angélica.**—Es el polvo de las estrellas.

**Isabel.**—Tal vez. Qué hacías arriba?

**Angélica.**—No te lo puedo decir.

**Isabel.**—A tu hermana Isa, no quieres decírselo?

**Doña Ana.**—Quédate con ella, Isa. Bajo a preparar la comida.

**Isabel.**—Voy a ayudarte.

**Doña Ana.**—No, aquí me ayudarás mejor. Quédate con ella.

**Isabel.**—Si quieres...

(Doña Ana sale).

### ESCENA III

**Isabel, Angélica**

(Isabel ha ido a la ventana; vuelve).

**Isabel.**—Angélica, bien mío, por qué te fuiste, por qué me causas tanta pena? Siempre tengo miedo por tí, y desapareces sin una palabra; se te busca, te fuiste. Y afuera sube la revolución.

**Angélica.**—La revolución. A qué se parece esto?

**Isabel.**—No se podría decir. A la selva, cuando grita el viento; al mar, cuando viene subiendo, sabes, cuando echa sus monstruos en la arena.

**Angélica.**—Es eso, la revolución?

**Isabel.**—Sí, Angélica, eso es, en parte. (Un tiempo).

**Angélica** (bajo). —Isa...

**Isabel.**—Qué hay, mi bien?

**Angélica.**—Lo sabes, Isa, veo cosas para mí, para mí sola. Si tú quisieras, te las contaría a tí.

**Isabel.**—No, fuiste mala hoy. Tienes secretos para con tu hermana.

**Angélica.**—Los secretos, las cosas ocultas: son flores en la noche. No las ves. Cuando pasas cerca de ellas, sin embargo, te hablan, son tuyas. Yo, yo también soy tuya.

**Isabel.**—No, no eres únicamente mía. Perteneces a tus nubes. Vuelves a ellas.

**Angélica.**—Allá voy a encontrarte.

**Isabel.**—Qué encuentras, niña de mi vida? Madrecita, Marco?

**Angélica.**—Madrecita? Vive aquí, en esa casa de tierra. Marco? Qué es Marco?

**Isabel.**—Pues conoces a Marco, niña. Ese joven que viene por las tardes, cerca de la terraza. A veces te habla, y te trae dulces.

**Angélica.**—No, no es Marco.

**Isabel.**—Sí, es él.

**Angélica.**—En la terraza, he visto ojos que brillaban, he oído palabras que pasaban: no era Marco.

**Isabel.**—Quién era, pues, angel mío?

**Angélica.**—No sé. Una boca, unos ojos. Nino...

**Isabel.**—Nino? No sabes lo que dices.

**Angélica** (la mira, se acerca a ella) —Crees?

**Isabel** (perturbada) —Te lo aseguro.

**Angélica.**—Si lo aseguras, pues... (Un silencio). Quieres saber dónde me fui?

**Isabel.**—Un momento, Angélica (Vuelve a la terraza, se inclina). Nada, siempre nada; si pudieras entender mi impaciencia...

**Angélica.**—Esperas una gran noticia?

**Isabel.**—Sí.

**Angélica** (con una alegría grave). —Lo sé: es la dicha lo que estás esperando.

**Isabel** (como para ella misma) —No se espera a la dicha entre las balas. (Un silencio). Dónde te fuiste hace un momento?

**Angélica.**—Te lo dije: en el cielo. En la luz azul, había nubecillas blancas. Crecían como flores.

**Isabel.**—En el cuartel también, había nubecillas blancas. Y cada vez era la muerte.

**Angélica.**—En mi cielo, nadie habla de muerte.

**Isabel.**—Quién te habla, entonces?

**Angélica.**—Los colores y el viento. Y tú.

**Isabel.**—Yo también.

**Angélica.**—Tú más que todo.

**Isabel.**—Como quieras, niña... (La abraza).

**Angélica.**—Sabes, cuando me voy, no hay que tener miedo. Mi escalera blanca viene conmigo, se extiende y paso. No me puedo caer: tengo tantas cosas que hacer.

**Isabel.**—Qué cosas?

**Angélica.**—Tu dicha, lo sabes.

**Isabel.**—Mi dicha... Es muy difícil para tí. No es obra que te convenga...

**Angélica.**—Pues sí, es muy sencillo. Basta con saber y aceptar.

**Isabel.**—Aceptar sin escoger?

**Angélica.**—Uno piensa que escoge...

**Isabel.**—Escoge para mí, Angélica. Escoge a Marco...

**Angélica.**—No conozco a Marco, pero sé que va a venir alguien que lleva ese nombre, y traerá la victoria.

**Isabel.**—Me lo aseguras?

**Angélica.**—Como te latió el corazón, Isa. ¡Sí, vendrá!

**Isabel.**—Habla, habla más, hada mía. Y qué hará?

**Angélica.**—No se lo ve. Tendrá su cortejo, su comitiva, sus antorchas, y gritos alrededor. Y ruido...

**Isabel.**—Te estoy escuchando, Angélica, como si pudieras adivinar, y olvido. Olvido, y él agoniza tal vez...

**Angélica.**—Isa, hermana mía, tan bella...

**Isabel.**—Déjame, sí; me volvería mala; la desgracia no nos hace buenos, ni tampoco la incertidumbre...

**Angélica.**—Por qué no me quieres creer, Isabel?

**Isabel.**—Cómo podría creerte, niña, cuando se matan hombres, cuando tal vez haya muerto mi novio? Y yo, arrullada por tus palabras...

**Angélica.**—Ven más cerca. Te seguiré arrullando.

**Isabel.**—No, si sufre él, yo también quiero sufrir.

**Angélica.**—Ya te dije que no sufre.

**Isabel** (un grito) —Murió?

**Angélica** (grave) —No.

**Isabel.**—Te hago preguntas, y cada respuesta tuya me tortura. Y al estar sola... (Se va a la ventana). Qué tiempo, Dios mío. Ese sol que no quiere bajar... No acabará nunca ese día? No hay nadie en el cielo, para que ponga término a la lucha, para dejar vivos aquellos hombres? La vida no más, la vida llana, sencilla...

**Angélica.**—No es tan sencilla la vida como tú crees.

**Isabel.**—Ay, no sé más lo que puedo creer; no sé sino esperar, hacer votos inútiles...

**Angélica.**—Y yo no puedo nada por tí: me rechazas...

**Isabel.**—No te rechazo, lucecita mía, pero tengo que sufrir, que hacerme daño...

**Angélica.**—Si lo quieres, por qué tienes que sufrir?

**Isabel.**—Para merecerlo.

**Angélica.**—Tendrà su victoria.

**Isabel (dura)** —Yo soy su victoria.

**Angélica (muy bajo).** No: eres más que la victoria.

**Isabel (desesperada)** —No, no soy nada, nada. Y nadie me presta ayuda. Hasta madre que no me aceptó. Las mismas balas me tuvieron lástima, en la terraza.

**Angélica.**—No te acuerdas que eres sagrada?

**Isabel.**—Angélica, no sabes lo que dices.

**Angélica.**—Tal vez. Lo que sé, son palabras y encantos, imágenes y músicas. Y con todo esto, hago como una pared que te protege.

**Isabel.**—No me puede proteger de mí.

**Angélica.**—Me voy a ir, entonces, Isa. Déjame volverme al sitio de donde me vine.

**Isabel.**—Quédate más conmigo.

**Angélica.**—No, me voy: huyes de mí.

**Isabel.**—No huyo de tí, mi bien, sino de tu consuelo.

**Angélica.**—Por qué no lo aceptas?

**Isabel.**—No soy digna de él. Tengo que afligirme, que sufrir, para redimirlos de sus sufrimientos y sus penas. Y tus manos me rodean, y tejen alrededor de mí una red dorada, una jaula de mentiras...

**Angélica.**—Qué significa esto, mentiras?

**Isabel.**—Ya lo sabrás. No te lo quiero enseñar...

**Angélica.**—Enséñamelo, Isa. Mamà, es una mentira?

**Isabel.**—No, niñita.

**Angélica.**—Marco, es una mentira?

**Isabel.**—Por qué continúas? No ves cómo me persigues?

(Un silencio).

**Angélica.**—Isa...

**Isabel (como en un ensueño)** —Angélica...

**Angélica.**—Y tú, tú eres una mentira?

**Isabel.**—No me lo debes preguntar a mí. Pregúntalo a Marco. Sabrà decírtelo.

**Angélica.**—Lo crees? Y qué va a decirme?

**Isabel.**—Te dirà: "No, no es posible", o "No hay que hacer esas pregunta". O quizás te conteste: "Talvez..."

#### ESCENA IV

(Doña Ana entra).

**Isabel, Doña Ana, Angélica**

**Doña Ana.**—Nada nuevo, siempre?

**Isabel.**—Nada, nada. Angélica diciéndome cuentos.  
**Doña Ana.**—Creía haber oído un rumor.  
**Isabel.**—Y por qué no me lo decías? (Se precipita a la terraza). No veo nada. Qué angustia... Creo que voy a bajar.  
**Doña Ana.**—No. Estarás en peligro, y no sabrás nada más.  
**Isabel.**—Pero no entiendes, madre, que cualquier cosa es preferible a esta angustia? Me parece ver algo... sí, es un grupo: se separan. Uno de ellos va a pasar por aquí.  
**Doña Ana.**—Lo conoces, por lo menos?  
**Isabel.**—No, por cierto. Qué importa? Como camina pasito... Nunca va a llegar.  
**Doña Ana** (a la ventana) —Tampoco lo conozco. De veras quieres hablarle?  
**Isabel.**—Aun a costa de mi vida... Ojalá pase aquí: va a doblar la esquina...  
**Doña Ana.**—Cálmate, Belita; si éste no es, vendrán otros.  
**Angélica.**—Tantos otros...  
**Isabel.**—Oh, cállense, ambas... Como si se pudieran esperar semejantes noticias... (Se inclina, llama): Amigo...  
**Doña Ana.**—Pero estás loca, Isabel: sabes solamente...  
**Isabel** (interrumpiéndola) —Camina con dificultad: debe estar herido... Pobre hombre! (Un nuevo grito): Amigo...

## ESCENA V

**Isabel, Doña Ana, Angélica, La voz**

**Una voz** (Bajo la terraza) —Qué pasa?  
**Isabel.**—Amigo... quién ganó?  
**La voz.**—No sé; me hirieron durante el tiroteo: me han traído aquí en camión.  
**Isabel.**—No vio nada, entonces?  
**La voz.**—Sí, vi caer a muchos.  
**Isabel.**—Sí, sí... fue terrible, pues?  
**La voz.**—Bueno, morir así o en otra forma... Lo terrible es estar herido.  
**Isabel.**—Por supuesto. Quiere entrar, descansar un ratico?  
**La voz.**—No, quiero ir a casa, a que me curen.  
**Isabel.**—Dígame... Mi novio se fue allá, con los otros. Marco: lo conoce? Estaba con los del barrio.  
**La voz.**—Ah... era por eso? No, no lo conozco, pero se quedaron muchos de por aquí.  
**Isabel** (como ahogada) —Muchos, de veras?  
**La voz.**—Bastante, pues... Aquíetese usted. Volverà, seguro. Las balas van a los pobres tipos.  
 (Disminuye el ruido de sus pasos).

## ESCENA VI

**Isabel, Angélica, Doña Ana**

**Isabel** (vuelve) —También él era un pobre tipo.

**Doña Ana.**—Era? Por qué “era”? Lo vas a ver llegar luégo, contento...

**Isabel.**—Mamá...

**Doña Ana.**—Pues, contento... quería decir contento de haber escapado.

**Isabel.**—No escapará.

**Doña Ana** (va a la terraza) —Verás cómo consigo noticias mejores que las tuyas. Con un poco de paciencia...

**Isabel.**—No tengo más paciencia.

**Doña Ana.**—Cuando tengas mis años... Ahí viene un joven, saliendo del callejón. Joven, por favor?

## ESCENA VII

**Isabel, Doña Ana, Angélica, otra voz**

**La voz.**—Qué?

**Doña Ana.**—Dígame... Usted conoce a Marco, por supuesto?

**La voz.**—Pensaba que me iba a preguntar de la lucha...

**Doña Ana.**—Perdone: lo debía hacer, por supuesto. Pero entenderá usted: Marco es el novio de mi hija.

**La voz** (burlona) —Claro, si es el novio de su hija, pasa antes de todo, se entiende.

**Doña Ana.**—No es esto lo que le pregunto.

**Isabel.**—Déjame, mamá (bajo). Hay que excusarlo, estuvo en la muerte. Amigo: cómo fueron las cosas, allá?

**La voz.**—El cuartel va a rendirse luégo. (Un breve silencio). Es de usted de quien es novio Marco?

**Isabel.**—Sí: vive todavía?

**La voz.**—Por supuesto, vamos... No va a dejarse matar.

**Doña Ana.**—Lo conoce usted, en fin de cuentas?

**La voz.**—Deje, deje... si es lo que pienso, debe de estar herido.

**Isabel.**—Ah... (con voz ahogada) Es grave?

**La voz.**—Cómo lo voy a saber? Esperen que vuelva.

**Isabel.**—Si es que vuelve.

**La voz.**—Bueno... volverá. Buena suerte, mientras tanto. (Se oyen sus pasos).

## ESCENA VIII

**Isabel, Doña Ana, Angélica**

**Isabel.**—Ves? Te lo había dicho.

**Doña Ana.**—Y éste, qué sabe? Ni siquiera lo conoce.



**Isabel.**—Lo hizo por no asustarme, lo sé.

**Doña Ana.**—Prestas a los demás tus propios sentimientos... Quiso mostrarse informado. Apuesto a que nunca lo vio. Primero, con la cara que tenía...

**Isabel.**—La cara de un soldado. No embellece a los hombres. Y tú lo detuviste.

**Doña Ana.**—Lo detuve, sin duda... pero le encantaba darselas de importante. Todos los mismos, estos rebeldes...

**Isabel.**—No lo creo. Ir a sitiar un cuartel, no es darselas de importante: es buscar un mundo mejor, talvez.

**Doña Ana.**—No creo que se edifique a tiros un mundo mejor.

**Isabel.**—Madre, madre: tienes la crueldad de la vejez.

**Doña Ana** (sencilla) —Soy tu madre, sin duda.

**Isabel** (con un poco de amargura) —Sí, tienes experiencia.

**Doña Ana.**—Créeme, Isabel: se adquiere sin placer. Si te la impongo, es por tu bien.

**Isabel.**—Mi bien son mis ilusiones.

(Entra Andrés).

## ESCENA IX

**Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés**

**Isabel.**—Tú, Andrés? Volviste?

**Andrés** (grave) —Sí. Marco también.

**Isabel** (vacilante) —Marco... vive?

**Andrés** (con una alegría fingida) —Claro, vive: hasta vive intensamente...

**Isabel.**—Y qué es su herida?

**Andrés.**—Su herida? No estaba herido cuando lo dejé, después de la batalla. Quién le dijo que estaba herido?

**Doña Ana.**—Un parlanchín que pasaba delante de la casa. Queríamos tener noticias, pero mejor sería dirigirse a una campana en movimiento...

**Isabel.**—Pero tú, Andrés, estás herido?

**Andrés.**—Nada: unos arañazos.

**Isabel.**—Quédate, quieres? Te cuidaremos.

**Angélica.**—Sí, quédate. Te diré mis cuentos.

**Andrés.**—No, no, Angélica, nada de cuentos hoy. La enfermería se encuentra cerca. Aquí traería mucha complicación... (una vaga sonrisa) y Marco podría estar celoso.

**Isabel.**—Cómo estás de niño, Andrés...

**Andrés.**—Hasta esta mañana, tal vez.

**Isabel.**—Muy duro estuvo lo de hoy?

**Andrés** (su cara queda un poco contraída) —Duro... no es esta palabra la que emplearía: es algo distinto, más inhumano: (como si buscara sus palabras): como una presencia de la nada. En aquellos momentos, los hombres no son más hombres: animales no más, máquinas de precisión, que hacen los gestos necesarios: defenderse, matar...

**Doña Ana.**—No pareces apreciar en su valor la victoria: tu victoria.

**Andrés.**—No es mi victoria: es màs que todo la de tu novio, Isabel.

**Isabel.**—Por qué? Qué hizo? Cuenta.

**Andrés.**—Es complicado decirlo. En una pelea como aquella, cada uno piensa en defender su existencia, en prolongarla unos minutos màs. No invita esto a curiosar. Pero sí sé que se le debe la toma del cuartel.

**Isabel.**—No es posible, Andrés.

**Andrés.**—Por supuesto, es posible. Hasta es seguro. (Palidece) Permites que descanse? Me siento fatigado. (Cae en una silla, cierra los ojos, calla un instante).

**Doña Ana.**—Ayúdale, Isabel: va a desmayarse.

**Andrés** (abre los ojos) —No, no, ya pasó. Debía de ir a la casa.

**Isabel.**—Pero sabías que estaríamos felices teniendo noticias...

**Andrés.**—Sí: había empezado diciéndoles...

**Isabel.**—Descansa un rato màs, Andrés. Esperaremos.

**Andrés.**—No, tienen que saber. Cuando cayó Blasco...

**Doña Ana.**—Murió Blasco? vuestro jefe?

**Andrés.**—Sí, entre los primeros. Muerto él, hubo una hesitación. Estos hombres jóvenes, sin uniformes, sin entrenamiento...

**Doña Ana.**—Se lo decía a Isabel: una locura...

**Andrés.**—A Marco le debemos que eso no se haya vuelto un desastre. Por sí mismo, tomó el mando, dio las órdenes...

**Isabel.**—Marco?

**Andrés.**—Sí, Marco. No lo habrías conocido.

**Angélica.**—A tí, Andrés, siempre te conoceràn.

**Andrés.**—No me envanezco de ello, Angélica. Con algo de suerte entramos en el fortín sin perder mucha gente.

**Isabel.**—Es el éxito, entonces?

**Andrés.**—Aquí, sí. Creo que se levantó toda la provincia... Ahora es asunto de los jefes. En cuanto a nosotros, hicimos lo que nos tocaba.

**Doña Ana.**—Pero hay que seguir, Andrés, seguir en el éxito también...

**Isabel.**—Es verdad, Andrés, nada nos dijiste de tí.

**Andrés** (se alza de hombros) —Yo? Hice como los demás.

**Isabel.**—Nada màs?

**Andrés** (sacude la cabeza) —Cada uno hace lo que puede, como un creyente, porque tiene la fe... (con angustia) Temo no tenerla màs...

**Angélica.**—Pobre Andrés...

**Andrés.**—Sí, pobre Andrés. Tàntas miserias, tàntas destrucciones...

**Isabel.**—Pero era necesario, Andrés, para nuestra dignidad, nuestro derecho a vivir.

**Andrés.**—Por supuesto: es lo que dicen todos. El cansancio debe volverme loco... (se coge la frente entre las manos) pero no pude dejar de ver a todos esos guardias, también, que fueron aniquilados.

**Doña Ana.**—Aniquilados?

**Andrés.**—Se voló uno de sus locales, con todos los ocupantes. Por eso pudimos entrar, precisamente.

**Doña Ana.**—Es terrible, Andrés... pero había que escoger: ellos o vosotros.

**Andrés** (con desesperación) —Eso es lo que no entiendo más: del otro lado también, pensaban estar en su derecho. Entonces?

**Isabel.**—Pero era inicuo su poder.

**Andrés.**—Hoy, cómo se establece el nuestro?

**Doña Ana.**—No es lo mismo.

**Andrés.**—Cuando muere el hombre, por un lado o el otro, siempre es lo mismo.

**Isabel** (grave) —Vuestras intenciones eran puras: vuestra lucha fue para el bien común.

**Andrés.**—Son nociones tan teóricas, frente a la muerte... Pues murieron también, ellos, y eso no tiene arreglo.

**Isabel.**—No lo tiene, en verdad.

(Un silencio).

**Andrés** (trata de reaccionar) —Voy a volver a la casa. Me quedo aquí gimiendo, haciendo un papel de imbécil, de destruido, en lugar de ir a curarme. Bueno, voy a irme. (Se levanta, con dificultad. Dirigiéndose a Isabel): Adiós, victoriosa...

**Isabel.**—Hasta luego, Andrés. Quieres que te acompañemos, si no te sientes bien?

**Andrés.**—No, no vale la pena. Yo también tengo mis compañeros.

**Angélica.**—Tus imágenes?

**Andrés.**—Mis víctimas: son mi desfile.

(Al salir, titubea un poco).

## ESCENA X

### Isabel, Doña Ana, Angélica

**Isabel.**—No me explico que Marco no haya llegado todavía.

**Doña Ana.**—De suceder las cosas como las contó Andrés, no pudo salir al momento, seguro. Piensa, las responsabilidades... Es un hombre importante, ahora. No podrá hacer lo que quiere, sin duda.

**Isabel.**—Soy yo lo que él quiere, lo sé.

**Doña Ana.**—Entonces, por qué te preocupas?

**Isabel.**—Estuve angustiada por tanto tiempo, madre: no sé muy bien lo que hago, ahora, con esa mezcla de esperanza y de temor, de vida y de muerte. Uno no se acostumbra tan fácilmente a la dicha.

**Doña Ana.**—La tuya tiene un sabor nuevo?

**Isabel.**—Extraño, por lo menos.

**Angélica.**—El sabor de la victoria...

(Un tiempo).

**Doña Ana.**—No oyes, Isabel? Algo como gritos, carreras...

**Isabel** (en la ventana; mira a la derecha) —Sí, es un grupo que viene por acá. No se distingue todavía a nadie... Están parados en la esquina de la calle. Discuten. Ven a ver, madre. También tú, Angélica.

**Angélica.**—Yo también? Y para qué?

**Isabel.**—Para esperar a Marco.

**Angélica.**—No, déjame ir.

**Isabel.**—Ahora no, Angélica. Espera un poco más. No quieres ver a Marco?

**Angélica.**—No me necesita.

**Isabel** (sonríe) —Quién sabe, Angélica? (vuelta hacia la derecha) Pero parece ser él, madre, en medio del grupo: lo reconozco. Habla todavía, da órdenes: ríe. Cómo ríe, ahora...

**Angélica.**—Viene para acá?

**Isabel.**—Sí... No, todavía no. Sigue parado. Nunca lo dejarán venir entonces?

**Doña Ana.**—Paciencia, Isa. Ya esperaste tanto. No es nada ahora, unos minutos más.

**Isabel.**—Los últimos son los más largos.

**Doña Ana.**—No vas a llamarlo, sin embargo?

**Isabel.**—De atreverme, lo haría. Por fin, se van. (Vuelve a entrar).

**Doña Ana.**—No quieres recibirlo?

**Isabel.**—No sabría qué decirle.

**Doña Ana.**—Después de haber esperado tanto... Pero no puedo quedarme sola aquí, con Angélica. No es por nosotras por quien viene.

**Isabel.**—Compréndeme, madre: tengo miedo de mí, ahora; me da miedo no entender, parecerme muy niña, junto a él.

**Doña Ana.**—Es lo que va a pasar, si sigues así. Semejantes niñerías...

(Entra Marco).

## ESCENA XI

**Isabel, Doña Ana, Angélica, Marco**

**Marco.**—Bueno: aquí también caigo en la batalla?

**Isabel.**—No, Marco, no: era mamá que me decía...

**Doña Ana.**—Le recomendaba más valor.

**Isabel.**—Pero...

**Marco.**—Qué fue lo que la asustó: el combate?

**Doña Ana.**—Usted, Marco. Llega precedido por tal gloria, que hasta es difícil conocerlo.

**Marco** (sonríe) —Ya les dijeron? Siempre se exagera mucho, saben.

**Isabel.**—Estoy segura que no: se ve en tus ojos.

**Marco** (ríe) —Pues si me traicionan mis ojos... Es nuestra victoria la que te asusta, Isabel?

**Isabel.**—Ya ves que mamá se burlaba de mí.

**Marco.**—Es que de verdad tienes una expresión tan nueva...

(Un silencio).

**Doña Ana.**—Pues es verdad, Marco, todo lo que dijeron de usted?

**Marco.**—Qué dijeron?

**Isabel.**—Pues se nos ha contado que...

**Marco.**—Quién?

**Isabel.**—Andrés: se quedó unos minutos, y se fue a que lo trataran.

**Marco** (sin expresión) —Estaba herido?

**Isabel.**—Lo parecía. Pero ahora se trata de tí, de tí que tomaste el mando...

**Marco.**—Alguien tenía que hacerlo.

**Isabel** (apenas sonríe) —No es un reproche, Marco. Dijeron que habías salvado la situación...

**Doña Ana** (entusiasta) —Cuentan que a usted se debe la toma del cuartel.

**Marco.**—Y cómo le parece, doña Ana?

**Doña Ana.**—No se hacen tales preguntas, Marco. Maravilloso, pues.

**Marco.**—Y a tí, Isabel?

**Isabel** (vacila un instante) —A mí también, por supuesto.

**Marco.**—No pareces muy afirmativa.

**Isabel.**—Sí, Marco, lo soy. Pero... (vacila) no puedo alegrarme de ello.

**Marco.**—Son las víctimas las que te chocan? Yo también podría figurar entre ellas...

**Isabel.**—Cómo te vuelves de malo, de repente... No, no es esto. Pero esperé tanto, temiendo lo peor: no llego a ver, a creer en la victoria.

**Marco.**—Sí, sí... Tampoco yo pude analizar muchas cosas: esa salida rápida, ese tiroteo, el ataque entre los muros derruídos...

**Isabel.**—Y ahora, tantos hombres que te obedecen...

**Marco** (con una modestia fingida) —Me lo pidieron: no puedo desilusionarlos. Es preciso que alguien represente la provincia.

**Isabel.**—La provincia? Pero la sublevación apenas empieza.

**Marco.**—No, tenemos noticias frescas. Nos sigue todo el país. A no ser que ocurra lo imprevisto, la victoria es nuestra.

**Isabel.**—Entonces... entonces eres tú el jefe de toda la región?

**Marco** (apenas reacio) —Pues sí...

**Isabel.**—Ah...

(Despacio Angélica se fue hacia la puerta. En el dintel, se vuelve):

**Angélica.**—No te lo había dicho, Isabel?

(Y sale).

## ESCENA XII

**Isabel, Doña Ana, Marco**

**Marco.**—Y qué te había dicho?

**Isabel.**—Que volverías, victorioso, entre los gritos y las antorchas; y no podía creerlo: la batalla seguía tan larga, tan eterna, esta mañana, mirando todas las señales, escuchando todos los ruidos. Me volvía loca, sabes...

**Marco.**—Escuchas mucho a esta niña, Isa, la mimas, la atiendes mucho... Tengo la seguridad de que te desalienta.

**Isabel** (con un reproche) —Marco...

**Marco** (sonríe) —Sí, lo sé, te dijo que volvería: hasta te dijo la

verdad. Para anunciar el éxito, mis amigos van a recorrer la ciudad, en marcha de antorchas, antes de mi salida.

**Doña Ana.**—Tendremos que ir, Isa: no es así?

**Marco.**—No tendrán que alejarse mucho, además. Pasará por aquí cerca (Se levanta, va a la terraza). En la esquina de la avenida, ahí, la primera.

**Doña Ana.**—Verdad que apenas son dos pasos. Bajo un momento, Isabel. Me perdonará usted, Marco. Los quehaceres del hogar, usted sabe...

**Marco** (una sonrisa) —No sé todavía, pero tendré que aprender.

(Sale Doña Ana).

### ESCENA XIII

**Isabel, Marco**

**Marco.**—Me enseñarás, verdad?

**Isabel.**—Vas a tener otras ocupaciones.

**Marco.**—Pero tú ya no las tendrás. Podremos por fin empezar a vivir... (Un silencio). No estuviste muy inquieta, mientras tanto?

**Isabel.**—Loca: me iba de un cuarto al otro, en cada instante metida en la ventana, tratando de adivinar algo...

**Marco.**—Cómo fuiste de imprudente: te podían matar.

**Isabel.**—Sí, una bala pasó por encima de mi cabeza. Ves? (Le muestra la pared). Pero dice Angélica que estoy sagrada...

**Marco.**—Para mí sólo lo eres, no para ella. Dios sabe cuántas extravagancias te habrá contado...

**Isabel.**—Qué quieres, Marco? Es mi hermana.

**Marco.**—Bien lo sé.

**Isabel.**—La consideras extravagante. Cuando la escucho, la veo más bien inspirada.

**Marco.**—Sí, sí... Hablemos de otra cosa, quieres?

**Isabel.**—Te hablé de ella porque me lo pedías, Marco. Mi vida es tan unida a la de ella...

**Marco.**—Es la tuya la que me interesa. Me divierten sus apuntes, por supuesto, pero no hay que concederles mucha importancia. Tantas cosas graves, ahora, exigen nuestro interés...

**Isabel.**—Hablas como un hombre maduro, Marco, un hombre responsable.

**Marco.**—Talvez. Aun cuando no lo quiera, estas pocas horas me cambiaron. Hicieron de mí un ser distinto, más profundo. Me escuchas?

**Isabel.**—Sí.

**Marco.**—Más profundo... quiero decir más equilibrado. Al luchar, empecé a entender ciertas cosas, a enterarme de un cierto orden, de ciertas necesidades vitales. Me entiendes?

**Isabel.**—Te escucho.

**Marco.**—A mi modo de ver, mi vida está organizándose. Empiezo a ver lo esencial, lo que merece nuestra atención, nuestro esfuerzo. Y la estabilidad que encuentro justifica, en el fondo, toda la incoherencia que precedió.

**Isabel** (con indefinible acento) —Sí, encontraste tu razón de ser.  
**Marco**.—Eso es, en realidad; o más bien una justificación.  
**Isabel**.—Tú, Marco, tú necesitas justificación?  
**Marco**.—Tal vez sí. No me gustaría hacer una cosa sin una razón, sin un motivo legítimo.  
**Isabel**.—Cómo cambiaste...  
**Marco**.—Hasta mi presencia aquí, ves, me viene dando esta impresión de equilibrio, de recompensa.  
**Isabel**.—Ah... es una recompensa, para tí?  
**Marco** (grave) —Sí, Isabel. Ya que era para conquistarte, me parece ahora natural haber matado, haber arriesgado mi vida.  
**Isabel** (junto a él) —Talvez no era indispensable...  
**Marco**.—Para mí, sí. (Se besan). Isabel...  
**Isabel**.—Por fin, Marco, por fin...  
**Marco**.—Por fin, qué?  
**Isabel** (un suspiro) —Por fin vuelvo a encontrarte. Temía que ya no fuera yo tu Isabel.  
**Marco**.—La eres más que nunca: una Isabel nueva. Mi compañera, mi vigilante prudencia...  
**Isabel**.—Todo eso, Marco? Crees que voy a saber?  
**Marco**.—Te enseñaré.  
(Un silencio).

**Isabel**.—Como todo está tranquilo, ahora. Nunca diría uno que han sucedido tantas cosas hoy. Tantas cosas que no conozco, que no me dices...

**Marco**.—De qué quieres que te hable?

**Isabel**.—De tu victoria.

**Marco**.—No vale la pena; (con una sonrisa) los periódicos te informarán mejor.

**Isabel** (un murmullo) —De tí lo quería saber.

**Marco**.—No, Isa, no. No sabría que contarte. Todo eso forma en mí como un fresco grande, un conjunto. No sabría que sacar de él.

**Isabel** (alzándose de hombros, apenas) —Está bien, pues. Esperaré los relatos oficiales.

**Marco**.—Tanto te interesa esto, Isabel?

**Isabel**.—Me interesa lo que hiciste.

**Marco**.—Hice... hice lo que tocaba hacer. Me pareció que entendía la situación, y tuve algún éxito. Tanta suerte hay, en todo esto...

**Isabel**.—También hay tu participación. Quiero estar orgullosa de tí.

**Marco**.—Lo podrás estar más tarde, cuando vuelva...

#### ESCENA XIV

##### Isabel, Marco, una voz

**Una voz** (en la calle) —Marco, Marco...

**Isabel**.—Te llaman, aquí? Espera, voy a contestar que ya te fuiste.

**Marco**.—No, no, déjame contestar (Se dirige a la ventana) Qué hay?

**La voz.**—Todo va a estar listo, en la gobernación. Vine a avisarte. Sabes: no pueden hacer nada sin tí.

**Marco** (una voz dura) —Sí, lo sé. Diles que voy a llegar.... (Vuelve).

## ESCENA XV

**Isabel, Marco**

**Isabel.**—Pero no te vas a ir, Marco? Volveràs en seguida? No me quieres dejar?

**Marco** (abrazándola) —Es necesario, Isa. Ya lo ves. Me necesitan

**Isabel.**—Yo también te necesito.

**Marco** (acariciándole los cabellos) —Hay que ser razonable, mi bien. A ellos también les pertenezco.

**Isabel.**—Entonces, es esto todo lo que habré tenido de tí: unos minutos no más antes de que te vayas?

**Marco.**—Cuentan ellos conmigo: no los puedo abandonar.

**Isabel** (hiriente) —Pierde cuidado: si no vas, encontraràn fácilmente alguien que los dirija.

**Marco.**—No voy allà con tal fin: voy para serles útil, para servirles.

**Isabel.**—Y yo? No me eres útil, a mí?

**Marco.**—No se trata de esto.

**Isabel.**—Ah... pues si no se trata de esto...

**Marco.**—Pero entiéndeme, Isabel. Tengo que cumplir con una misión, con un deber...

**Isabel.**—Es un deber que tú te estás imponiendo. Ya hiciste más que cumplir con él.

**Marco.**—Tengo que seguir, que llevar a cabo lo que empecé.

**Isabel.**—No empezaste también a quererme?

**Marco.**—No dejo de quererte, Isabel, pero...

**Isabel** (un reproche) —Me quieres, Marco, y dices "pero".

**Marco.**—No puedo obrar de otro modo. Tengo que enfrentarme con nuevas responsabilidades, hoy. Te gustaría que huyera de ellas?

**Isabel** (de repente, con excesiva calma). —A tí, Marco, a tí toca decidir lo que te parece mejor.

**Marco.**—Ya sabía yo que acabarías entendiendo, mi bien. Nada cambió entre nosotros, lo ves?

**Isabel.**—Sí, sí...

**Marco.**—Qué quieres? Es duro, lo sé, pero tengo que ir. Tengo que cumplir con mi cargo, ahora.

**Isabel.**—Lo sé, Marco, no te hago reproches.

**Marco.**—Sinceramente?

**Isabel.**—Sí, de verdad.

**Marco.**—Me volveràs a ver en unos minutos. El desfile pasa muy cerca: mostré el sitio a tu madre.

**Isabel.**—Es verdad: tienes tu desfile, tú también.

**Marco.**—También? Y eso por qué?

**Isabel.**—Por nada. Vete ahora, mientras tengo valor.

**Marco.**—Ahora sí, Isa, te vuelvo a encontrar, tal como quería.



**Isabel** (con una vaga sonrisa) —Entonces véte. Te miraré, de lejos.  
**Marco**.—Sí, no te acerques. No me gustaría que te fueras en la muchedumbre.

**Isabel**.—No te preocupes. No me iré.

**Marco**.—Informarás a tu madre cómo me tuve que ir. Ella entenderá.

**Isabel**.—Por supuesto: entendemos, aquí. Es nuestro oficio entender.

**Marco** (abrazándola) —No estás resentida conmigo, Isa? Entiendes que tengo que repartirme...

**Isabel**.—Sí, lo veo. Adiós, Marco.

**Marco** (en la terraza) —Hasta luégo, Isa. Hasta pronto. Te haré una señal, al pasar.

**Isabel**.—Sí, sí...

(Se oye a Marcos, corriendo. Despacio, Isabel vuelve a entrar).

## ESCENA XVI

### Isabel, Angélica

**Isabel**.—Mamá! Angélica! (Nadie contesta. Se va a la derecha, abre la puerta). Angeliquita!

**Angélica** (aparece) —Estás sola?

**Isabel**.—Sola, sí.

**Angélica**.—Por qué se fue Marco?

**Isabel**.—Porque debía, Angélica. Tenía que cumplir con su deber, entiendes? Su deber.

**Angélica**.—Su deber? Dónde está?

**Isabel**.—No sé, niña mía; aquí no, en todo caso.

**Angélica**.—Ah... (piensa) y qué harás tú, mientras tanto?

**Isabel**.—Nada.

**Angélica**.—Vino tu dicha?

**Isabel**.—Vino, Angélica, sí vino... (La coge contra ella). Cuéntame cuentos... (su voz se ahoga).

**Angélica**.—Si eres feliz, ya no tengo nada que contarte.

**Isabel**.—Háblame, sinembargo.

**Angélica**.—De verdad? Me necesitas todavía?

**Isabel**.—Siempre, ángel mío. No quieres ya llevarme contigo, en tu gran escalera blanca?

**Angélica**.—Eres muy grande ahora, pero te lo diré todo: ya no tendré secretos para tí. Todo será como antes.

**Isabel**.—Como antes...

(Doña Ana entra).

## ESCENA XVII

### Isabel, Angélica, Doña Ana

**Doña Ana**.—Está aquí Angélica? No sabía por dónde se había metido.

**Isabel.**—La llamé cuando se fue Marco.

**Doña Ana.**—Ya se fue?

**Isabel.**—Sí, debía ir al desfile. Te presenta excusas por no despedirse...

**Doña Ana.**—Si hubieras salido, Isa, habrías visto el movimiento, la alegría en la ciudad. La gente se para, discute, cambia noticias: no se habla sino de él... Cómo estarás de orgullosa!

**Isabel.**—Lo estoy, madre... pero no esperaba eso. No me hacía falta tanta gloria.

**Doña Ana.**—Me desconciertas, Isa.

**Isabel.**—En qué? Me cuesta trabajo unirme a esta alegría. Todos ganaron: yo...

**Doña Ana.**—Tú... No veo adónde quieres ir a parar.

**Isabel.**—A ninguna parte, madre. Marco me enseñó tan perfectamente sus planes que me siento ya alistada, hoy, clasificada...

**Doña Ana.**—No te alegras de que haya pensado tanto en tí?

**Isabel.**—Sin duda, madre, aprecio el puesto que me reserva en su existencia. Pero pensaba yo ser la única en ocupar ese puesto...

**Doña Ana.**—Exiges demasiado, Isa. Más que todo hablando de un hombre como Marco. Más bien debías pensar en ayudarlo.

**Isabel.**—No me lo pidió.

**Doña Ana.**—Qué quieres? No puede pensar en todo. La victoria, el desfile, la organización de la región...

**Angélica** (que mientras tanto se había ido a la terraza, hace señales a alguien en la calle): —Andrés, Andrés...

(Entra Andrés).

## ESCENA XVIII

**Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés**

**Andrés.**—Me estabas llamando tú, Angélica?

**Angélica.**—No quieres venir a acompañarnos?

**Doña Ana.**—Es una niña, Andrés: hay que perdonarle. Estas mejor ahora?

**Andrés.**—Oh, no era muy grave: unos cascos que me sacaron...

**Isabel.**—Y te quedaste de pies, paseándote?

**Andrés** (sonríe) —El heroísmo está de moda hoy.

**Isabel.**—Sí, sí, lo sé...

**Doña Ana.**—Lo dices en broma, Andrés, pero lo decía hace un minuto: hay algo cambiado en la ciudad, un aire nuevo, en donde una respira mejor...

**Andrés.**—Más que todo oí hablar del desfile.

**Angélica.**—Vendrás conmigo, Isa?

**Isabel.**—No, amor mío, no pienso ir. Además, se verá muy bien desde aquí.

**Doña Ana.**—Sin duda, pero lo más bello será en el centro, con el entusiasmo de la muchedumbre y las antorchas a todo lo largo.

**Isabel.**—Habrà antorchas?

**Doña Ana.**—Sí, lo oí decir.

**Isabel.**—Y tú, Andrés, tú te irás?

**Andrés.**—Todavía no lo sé. Estas fiestas, lo puedes pensar, aun con antorchas...

**Isabel.**—No hables mal de las antorchas, Andrés: sus llamas hacen sombras tan maravillosas.

**Andrés.**—Pensaba en los atropellos.

**Angélica.**—Ven, Isa.

**Isabel.**—No, prometí que no iría: dile a mamá que te lleve con ella.

**Doña Ana.**—Por supuesto: puede muy bien venir conmigo, si se compromete en no alejarse de mí. Dile tú, mientras me preparo...  
(Sale). (La noche está llegando).

## ESCENA XIX

**Isabel, Angélica, Andrés**

**Isabel.**—Angel mío, estarás formal? No te irás, no te alejarás de mamá, me lo prometes?

**Angélica.**—Me habría gustado más ir contigo.

**Isabel.**—No se puede, mi niñita. Me prometes que estarás formal?

**Angélica.**—Te quedarás sola, pues?

**Andrés.**—Sí, se quedará sola. Voy a retirarme.

**Isabel.**—Al desfile, también?

**Andrés.**—No, a la soledad.

**Isabel.**—Quédate un momento más.

**Andrés.**—Unos minutos, pues. Tu madre tal vez se enoje de vernos solos...

**Isabel.**—Qué idea, Andrés... (Un silencio). Piensa tú: la novia del gran hombre...

**Andrés.**—No te burles, Isa: fue tal vez él quien nos salvó.

**Angélica** (en la terraza) —Ven, ven, Isa: se ven luces que corren por todas partes. Es esto, el desfile?

**Isabel** (se acerca) —Todavía no, pero pronto vendrá. Te diviertes?

**Angélica.**—Por qué no vienes, Isa? Sin tí, no podré tener alegría.

**Isabel.**—No, mi bien. Te irás con mamá, y volverás muy formal con ella. Prometido?

**Angélica** (con un suspiro) —Ya que lo quieres... Díme, por qué no quieres venir?

**Isabel.**—Por una promesa que hice.

**Angélica.**—A quién?

(Doña Ana entra).

## ESCENA XX

**Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés**

**Doña Ana.**—Es el último momento para irnos.

**Andrés.**—También yo me voy a ir.

**Doña Ana.**—No, Andrés, quédate.

**Andrés.**—No quisiera que...

**Doña Ana.**—Es un servicio que te pido. Temo un poco dejar a Isa sola, en esta ciudad todavía trastornada...

**Isabel.**—Ya ves...

**Doña Ana.**—Ahora me voy. Vénte, Angélica. (Se vuelve). Hasta luégo.

**Isabel.**—Hasta pronto: cuidate bien de mi hermanita.

**Angélica.**—Pierde cuidado, Isa: yo no quiero perderte. (Salen).

## ESCENA XXI

### Andrés, Isabel

**Andrés.**—Te perdió alguien?

**Isabel.**—En lo más mínimo. Esta niña tiene a veces unas fórmulas...

**Andrés.**—Sí: fórmulas proféticas.

**Isabel.**—Sería decir mucho.

**Andrés.**—Te lo aseguro. A menudo hablamos: abre por momentos unos horizontes...

**Isabel.**—Extraños, no es así?

**Andrés.**—Bastante, sí. Es Marco quien te pidió quedarte en casa?

**Isabel.**—Sí. (Un tiempo). Pero es a mamá a quien lo prometí.

**Andrés.**—Para conservar tus ilusiones?

**Isabel.**—Qué quieres decir?

**Andrés.**—Perdóname, Isa: cuando pasé, hace un momento, oí vuestra discusión. Tu mamá te aconsejaba la resignación...

**Isabel.**—Y ahora me va predicando el entusiasmo. Cambiaron nuestros papeles.

**Andrés.**—Me hago reproches, por la parte que tal vez me corresponda.

**Isabel.**—Sí, Andrés. A tí debo sin duda esta transformación, esta... perspicacia.

**Andrés.**—Triste regalo te hice yo.

**Isabel.**—No te arrepientas, Andrés. A mi me conservaste. Sin tus palabras, estaría allá.

**Andrés.**—Sería mucho mejor.

**Isabel.**—Tú mismo no crees en lo que dices, Andrés. Qué quieres? Soy como tú. Yo también tengo mis desfiles...

**Andrés** (junto a la ventana) —Menos complicado éste.

**Isabel.**—Tú, Andrés, que te fuiste a luchar, que estuviste en peligro de morir por qué no te fuiste con tus compañeros?

**Andrés.**—En verdad, no lo sé. Por aburrición será.

**Isabel.**—Mentira. Si no estás allá, es porque te sentirías más solo aún, frente a tantos gritos, a tanto alboroto.

**Andrés.**—Tal vez sí. No me gusta mucho esta explotación de la desgracia, sabes, ese remate con la muerte. Me fastidia todo ese ruido.

**Isabel.**—Son los clamores de la victoria.

**Andrés.**—Este es mi reproche. Esta victoria había hecho nacer en nosotros...

**Isabel.**—En tí, Andrés...

**Andrés.**—Había hecho nacer una esperanza nueva. Se esperaba Dios sabe qué, una anunciación, un mensaje...

**Isabel.**—Y es una marcha de antorchas.

**Andrés** (con amargura) —Debemos equivocarnos, Isabel. No es posible que nuestro sacrificio dé tales frutos. No sabemos ver.

**Isabel.**—Lo crees?

**Andrés.**—Tenemos qué creerlo.

**Isabel.**—Por qué tratar de convencerte? En el fondo de tí mismo, sabes que tenemos razón, que nada más hay en esto.

**Andrés** (con desesperación) —No puedo, no quiero admitirlo... Entonces, esa larga charla con la muerte, el dón de nuestra juventud, de nuestra existencia, no era sino eso?

**Isabel.**—Sus intenciones son buenas, Andrés.

**Andrés.**—Cuáles intenciones?

**Isabel.**—No sé: las de Marco, por ejemplo. Reconstruir, restablecer, reevaluar...

**Andrés.**—Con qué derecho?

**Isabel.**—No se lo preguntaron, Andrés: obran, ellos. Es su razón de ser.

**Andrés.**—Son sus palabras las que empleas, no las tuyas.

**Isabel.**—Tal vez sí. Para mí también tengo que encontrar una razón de ser, un motivo; (sonríe con amargura): en cuanto a él, él buscaba una justificación: todavía no la tenía...

**Andrés.**—Eres injusta para con él.

**Isabel.**—Y él, qué es conmigo? No represento para él un motivo suficiente? Pronto tendrá que buscarse excusas para conservarme su amor...

**Andrés.**—Cuánto lo quieres, Isa...

**Isabel** (sigue) —Por ser mi novio, por ser victorioso, establece diferencias, equilibrios. Una parte para la acción, una parte para la ternura...

**Andrés.**—Cállate, Isa...

**Isabel.**—No, no quiero callar. Esta gente que se va, que pasa por la calle, esos seres versátiles, los prefiere a mí, esos que hoy lo aplauden, que mañana lo escarnecerán...

**Andrés.**—No se obra en vista de la recompensa.

**Isabel.**—Estás equivocado. Marco, lo ves, por ser jefe, se encontró un alma de contabilista: aquí el debe, ahí el haber...

**Andrés.**—Pero te quiere.

**Isabel.**—Querer no es eso. Lo que él quiere, es el puesto que me reserva. Entiendes: no puedo estar sola en él: estaría en peligro de quiebra...

**Andrés.**—Cruel...

**Isabel.**—Me reprocharías esto, tú?

**Andrés.**—No puedo contestarte. (Un tiempo). No vienes a la terraza, a ver las luces?

**Isabel.**—No las quiero ver: no me hacen falta.

**Andrés.**—Ven, Isa. Te haces sufrir inútilmente... te desgarras... y acabarás volviendo a él.

**Isabel** (va hacia él) —No entendiste entonces?

**Andrés** (apartándose) —Mira la marcha de las antorchas, Isa. Eso, eso es el orden, el éxito, la victoria. Mira las antorchas, Isa, mira las luces...

**Isabel.**—Veo unas sombras, no màs, y humaredas que se lleva el viento.

**Andrés.**—Escucha los gritos. Oyes? Gritan: "Viva Marco!"

**Isabel.**—Otros gritos oigo en mi corazón. Me equivoqué, Andrés. Creí amar la victoria...

**Andrés.**—La quieres, Isabel.

**Isabel.**—Esta no.

**Andrés.**—Oyes los aplausos, los cantos de alegría?

**Isabel.**—Podrán cubrir los gritos de sus víctimas? Tanto ruido, tanto alboroto, cuando sólo convendría el recogimiento...

**Andrés.**—Hay que perdonarles, Isa. Tratan de olvidar.

**Isabel.**—Marco también, no es así? Hablaba de responsabilidades: lo que huye en esa muchedumbre, es a sí mismo... y a mí.

**Andrés.**—A él, le quedas.

**Isabel.**—No, ya no màs, Andrés.

**Andrés.**—No te creo. Volverà, màs glorioso aún, y entenderàs, admitiràs...

**Isabel.**—Ya no màs, Andrés.

**Andrés.**—Míralos allà, en su desfile. Todo eso es para él. Cederàs, compartiràs su gloria... (amargo) Tiene algo que compartir.

**Isabel.**—Ya no màs...

**Andrés** (contra ella) —...su gloria.

**Isabel** (en sus brazos) —No màs, Andrés. Su gloria, sí puede compartirla. Yo...

**Andrés.**—Tú, Isabel...

**Isabel.**—Yo... es muy tarde.